



QUIEN ES VERDADERO CATOLICO

Oscuro al profano y brillante al erudito, San Vicente de Lerins, monje francés del famoso monasterio que dió a la Iglesia figuras de tan espléndida categoría como Honorato, Hilario y Cesáreo de Arlés y muchos otros, ha pasado a la Patrología como una de las mentalidades de la antigüedad cristiana más finas y cuidadosas en el pensar.

Culto, estilista y bien formado en ciencias sagradas según los pocos datos que proporciona su único biógrafo, sin embargo, Vicente de Lerins no pudo menos de sufrir en alguna medida el contagio del semipelagianismo circundante del que era foco en los últimos años del siglo V su propio monasterio provenzal.

Fué una época difícil para los intelectuales cristianos. Tiempos de confusión teológica en que los más sensatos sentían el vértigo de la innovación. Y esto era aún más explicable, porque la personalidad abrumadora y el ingenio de San Agustín acababan de ampliar el tecnicismo de la Teología con audaces expresiones que sin corromper el dogma, pues en realidad lo aclaraban enormemente en la mayoría de los casos, pro-

NUEVO Y VIEJO

vocaron de hecho reacciones violentas, y en concreto las iras de los que a media distancia entre pelagianos y agustinistas, según creían ellos, pero en verdad más cerca de los primeros ideológicamente, se consideraban exentos de mácula doctrinal. Ni se debe olvidar que el gran genio de San Agustín no logró la perfección en todos y cada uno de los puntos de sus meritisimas exploraciones teológicas. Por eso los hubo sujetos a justa repulsa o a corrección de otros doctos autores eclesiásticos.

Entre éstos, con buena voluntad sin duda, estaba el monje de Lerins. Su "Commonitorio", única obra conocida, es un sordo aviso ante la innovación (agustiniana), y una llamada a la seguridad de la fe desde su punto de vista. Pero el criterio es de una solidez básica y probablemente ninguno entre los SS. PP. ha llegado a una formulación más exacta y apropiada del sentido de la ortodoxia.

Ninguno tampoco ha practicado como él, el profundo análisis psicológico del malestar producido por la inseguridad doctrinal: veneno que no mata ni puede ser digerido, olas que entrechocan, dudosas entre el envite y la resaca, paja fácilmente movida por el viento...

El santo padre que hoy traemos a la revista nos da, por tanto, una respuesta impregnada de actualidad a la siempre candente cuestión del acatamiento y la obediencia del católico (1).

...Aquél será verdadero y genuino católico que ama la verdad de Dios, a la Iglesia, al cuerpo de Cristo, que nada antepone a la religión divina, nada a la fe católica, ni a la autoridad de un hombre, cualquiera que sea, ni su amistad, ni su ingenio, ni su elocuencia, ni su filosofía. Sino que despreciando todas estas cosas, firme e inquebrantablemente adicto a la fe, está decidido a no admitir ni creer sino lo que conociere haber sido universalmente admitido por la iglesia católica desde toda la antigüedad, y en cuanto a lo nuevo e inaudito, introducido más tarde por algún particular fuera del parecer de todos los fieles cristianos o contra el mismo, bien sabe que no es cosa de religión sino de tentación, y más si atiende a las palabras del bienaventurado apóstol Pablo. Pues esto es lo que escribe en su primera epístola a los Corintios: *Es menester que haya incluso herejías, para que se pongan de manifiesto los probados entre vosotros* (2); como si dijera: No extirpa Dios el punto a los heresiarcas, para que se pongan de manifiesto los probados, esto es, para que cada uno demuestre lo tenaz, fiel y arraigado de su amor por la fe católica.

Y a la verdad, apenas estalla una novedad cualquiera, al punto se discierne el peso del trigo de la ligereza de la paja; sin gran esfuerzo se sacude de la era lo que con ningún peso se retenía en ella. Así los unos son arrebatados al momento; los otros, sacudidos solamente, temen perecer y se avergüenzan de retornar, luchan entre la vida y la muerte, como que han bebido tal cantidad de veneno que ni los mata del todo, ni puede ser

(1) P. José Madoz, S. J., El Commonitorio de San Vicente de Lerins. Ediciones A.B.F. Madrid 1935.

(2) I Cor. 11, 19.

digerida, ni los lleva a la muerte, ni les permite la vida. ¡Miserable condición! Tan pronto son arrebatados por el error, hechos juguetes del viento, como vueltos sobre sus pasos se entrechocan como encontradas olas; tan pronto aprueban con presunción temeraria aun lo que aparece incierto, como se horrorizan de admitir con miedo irracional lo que es cierto a todas luces, sin saber a dónde ir ni por dónde volver, ni qué apetecer ni qué evitar, ni qué aceptar, ni qué rechazar. Y este tormento de su corazón, penosamente péndulo en su ansiedad, es una medicina, si saben gustarla, de la misericordia divina para con ellos.

Por eso, en efecto, fuera del puerto segurísimo de la fe católica, se ven sacudidos, azotados y casi desbaratados por esas tormentas encontradas de sus pensamientos, para que amainen las velas sacudidas de su hinchada mente que con mal acuerdo habían desplegado a los vientos de las novedades, y arrojadas aquellas amargas y turbulentas olas de los errores, puedan después saciarse en los manantiales del *agua viva y bulliente* (3). Desaprendan acertadamente lo que desacertadamente aprendieron, y de todo el dogma de la Iglesia entiendan lo que puede alcanzar el entendimiento; lo que no, créanlo.

Pensando y repensando una y otra vez todas estas cosas no acabo de admirarme de la insensatez de algunos hombres, de la extremada impiedad de su cegada mente, de su extremada pasión por el error, los cuales, no contentos con la regla de fe, dada y recibida ya de una vez para siempre desde la antigüedad, buscan de día en día novedades sin término, y se impacientan por querer añadir siempre algo a la religión, o mudar o sustraer algo a ella.

Es frecuente oír a algunos de ellos: Venid, imprudentes y dignos de compasión, los que el vulgo llama católicos y aprended la verdadera fe, la que nadie fuera de nosotros ha entendido, la que estuvo oculta muchos siglos atrás y ahora novísimamente ha sido revelada y manifiesta. Pero aprendedla furtivamente y en secreto, porque os deleitará; y cuando la hayáis aprendido, enseñadla veladamente porque a pocos les está dado penetrar el secreto de tan gran misterio. ¿No son estas las palabras de aquella meretriz que en los Proverbios de Salomón llama a sí a los transeuntes que siguen su camino? *El más insensato de entre vosotros vuelva a mí. Y susurra a los insensatos: Los panes ocultos tomadlos de buena gana y bebed furtivamente el agua sabrosa. ¿Y qué añade? Y él sabe que los hijos de la tierra perecen junto a ella* (4).

¿Quiénes son estos hijos de la tierra? Responda el Apóstol: *Los que se extraviaron, dice, en la fe* (5).

(3) Jo. 4, 14.

(4) Prov. 9, 15-18.

(5) 1 Tim, 6, 21.